

ENTRE MUNDOS, 20 AÑOS DESPUÉS

PEDRO TOMÉ
ANDRÉS FÁBREGAS

Nota introductoria

En el año de 1998, Pedro Tomé, antropólogo español y Andrés Fábregas Puig, antropólogo mexicano, iniciaron el análisis comparativo de dos ámbitos regionales: la Sierra de Ávila en España y los Altos de Jalisco en México. Hasta donde tenemos noticia, es ésta la primera vez que trabajaron juntos un antropólogo mexicano y otro español. El proyecto se desarrolló dentro de dos instituciones: El Colegio de Jalisco y la Institución Gran Duque de Alba, que pertenece a la Diputación Provincial de Ávila, España. El resultado fueron tres libros: el primero titulado *Entre mundos* (1999), el segundo *Entre parientes*, y el tercero *Regiones y fronteras*. Lo que sigue es un texto escrito 20 años después de esta experiencia y con los libros mencionados agotados. Esperamos que al lector le interese el tema y que la lectura de este texto le provoque la voluntad de saber más sobre la Sierra de Ávila y sobre los Altos de Jalisco.

Inspirado por el espíritu taxonómico de Plinio el Viejo, el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo presentó a sus coterráneos una visión de las Indias a través de una *Historia general y natural* que, anudando espacio y tiempo, comenzaba con la descripción del mundo vegetal. Luego seguiría el reino animal con sus múltiples categorías y, por fin, su esfuerzo culminaría con el estudio de las acciones propiamente humanas. Sin embargo, el cronista madrileño se vio en la necesidad de reconocer que la naturaleza está tan sujeta a mudanzas e intercambios como cualquier otra mercancía. Y así, refiriendo todo lo relativo al “pan de los indios llamado maíz”, rememora la sorpresa que tuvo al descubrir, de paso por Ávila en 1531, cómo crecía

[...] en aquella ciudad, que es una de las más frías de España, dentro de una casa, un buen pedazo de maizal de diez palmos de alto las cañas, e algo más e menos, e tan gruesas e verdes e hermosas, como se pueden ver en estas partes, donde mejor se puede hacer; y allí a par tenía una anoria de que cada día le regaban (1959, I: 230).

Con todo, el cronista no debía extrañarse en demasía: él mismo había favorecido estos intercambios llevando desde la caribeña ciudad de Santo Domingo hasta la lejana en espacio y clima de Ávila desde aceite de cacao, “bueno para curar llagas” (*id.*: 272), a un pescado, el manatí, tan sabroso que ni los más avisados sabrían distinguir qué tipo de carne es (*ibíd.*, II: 64),¹ o unas suculentas batatas que, “aunque no llegaron tales como de acá

1 Dice Gonzalo Fernández de Oviedo del manatí que “es uno de los buenos pescados del mundo y el que más parece carne; y en tanta manera parece vaca, viéndole cortado, que quien no le hobiere visto entero o no lo supiere, mirando una pieza cortada dél, no sabrá determinarse si es vaca o ternera; y de hecho lo terná por carne, y se engañarán en eso todos los hombres del mundo, porque asimesmo el sabor es más de carne que de pesacado, estando fresco. La cecina e tasajos deste pescado es muy singular e se tiene mucho sin dañar ni corromper. Yo lo he llevado desde aquesta ciudad de Sancto Domingo de la isla Española hasta la ciudad de Avila en España, el año de mill e quinientos e treinta e un años, estando allí la Emperatriz, nuestra señora. Y en Castilla parece esta cecina que es de la muy buena de Inglaterra cuanto a la vista; pero cocida, parece que come hombre muy buen atún, o mejor sabor que de atún es el que tiene” (1959, II: 64).

salieron, fueron habidas por muy singular e buena fructa, e se tuvieron en mucho” (*ibíd.*, I: 235).

Casi cinco siglos después de que Fernández de Oviedo escribiera su *Historia* los intercambios de “productos” naturales se han multiplicado hasta el punto de que numerosas personas tienen por “propio de la tierra” o autóctono lo que cruzó tiempo atrás el mar. Más si cabe desde que los procesos sociales, culturales, económicos y ecológicos vinculados a la globalización han incrementado las asimétricas interdependencias globales y permiten hallar en los mercados de uno y otro lado del Atlántico los mismos productos a lo largo de todo el año. Pero, no son sólo los productos de la tierra los que cada vez se parecen más. A pesar de climas y orografías, paisajes de uno y otro lado del Océano Atlántico, resultado de una construcción cultural históricamente desarrollada, pueden confundirse en la retina de quien no los habita y llega a conocerlos a través de las contemporáneas tecnologías difusoras del saber. De hecho, fotografías hay que, sin el comentario de un preciso pie, puede el incauto turista atribuir a lugares muy alejados entre sí.

Sin embargo, este proceso de construcción del entorno ambiental que ha dado lugar, al menos en una aproximación superficial, a paisajes semejantes, no es necesariamente fruto de la globalización pues, junto a procesos mundiales iniciados siglos atrás, puede responder a lógicas del manejo ambiental vinculadas a procesos socioeconómicos y culturales con algún grado de semejanza que, no obstante, pueden haberse desarrollado con total independencia y sin aparentemente ninguna conexión formal entre sí. Y es, precisamente, esta profundidad histórica de los paisajes, el modo en que los espacios han incorporado el tiempo, lo que legitima la cuestión de en qué medida paisajes análogos, aunque posteriormente se descubra que se ligan a ecosistemas muy diferentes, se relacionan tanto con esos procesos culturales de construcción de territorios como con las permutas de las que hablaran Fernández Oviedo y tantos otros cronistas.

O, al menos, esa cuestión nos asaltaba una y otra vez cuando paseando entre los encinares de la Sierra de Ávila rememorábamos el paisaje de huizaches y mezquites de los Altos de Jalisco. O cuando observando los lienzos que delimitan los potreros de ese territorio jalisciense nos confe-

sábamos incapaces de distinguirlos en tamaño, composición y disposición de las cercas levantadas en los prados de la serranía castellana. Y así, cuánto más conocíamos los paisajes serranos y alteños, más nítidamente iba tomando cuerpo la pregunta de si su similitud obedecía a conexiones históricas entre ambas regiones, algo que aparentemente se podía descartar habida cuenta su relativa escasez, o a usos semejantes del entorno ambiental como consecuencia de procesos sociales, culturales y económicos que, aunque obedecieran a causas diferentes, fueran parecidos. Yendo más allá, la pregunta se centraba en la cuestión de si los habitantes de los Altos de Jalisco y los de la Sierra de Ávila habían generado un paisaje semejante a lo largo de los siglos debido a que poseen o han poseído una concepción análoga de los espacios, con independencia de que ésta se vincule a factores culturales e históricos disímiles. Una respuesta afirmativa a esta cuestión preliminar llevaría, a su vez, a considerar la posibilidad de que tal concepción se relacionara con estilos de vida e incluso modos de pensar y actuar que también pudieran ser parecidos. Sea como fuere, de la contemplación del paisaje y el asombro por su quietud y belleza pasamos a plantearnos un genuino problema antropológico que solamente podría abordarse utilizando la metodología propia de la disciplina, así como sus instrumentos y las técnicas de investigación a ella ligadas. En concreto, lo que nos estábamos planteando en el fin del pasado siglo era la realización de una investigación antropológica que a través del trabajo de campo permitiera una ponderada comparación transcultural.

Habida cuenta que desde los inicios de la historia de la antropología se ha reiterado con harta frecuencia que el método comparativo es una de sus señas de identidad así como uno de los instrumentos que más claramente la diferencian de otras ciencias sociales, pensábamos que la tarea mencionada no sería particularmente novedosa. Sin embargo, como hemos contado en otros lugares (Tomé, 2008), a medida que avanzábamos en nuestro trabajo percibíamos claramente que una cosa es reclamar la comparación y otra llevarla a efecto. A pesar de que varios de los primeros cronistas, particularmente Joseph de Acosta, habían llevado a cabo un deliberado intento de establecer cotejos interculturales, descubrimos que el camino de posibles precedentes históricos para nuestra investigación

estaba escasamente recorrido. Aún más, nuestra relativa sorpresa se acrecentó cuando observamos que la resistencia a establecer comparaciones había incluido a antropólogos que han realizado trabajo de campo en México y España en distintos momentos de su vida profesional.

Cabe señalar, en todo caso, que la renuencia comparatista no es un novedoso fenómeno en la antropología social y cultural que pueda achacarse a las dificultades burocráticas para realizar adecuadamente el trabajo de campo o a los recortes económicos que lo limitan, aunque a veces estos motivos tengan un gran peso en la toma de decisiones. De hecho, las reacciones particularistas que siguieron a los excesos de los evolucionistas decimonónicos ya habían reducido la comparación a una meta pocas veces lograda. Por ello, mientras han crecido las discusiones a propósito de la validez de la comparación controlada y los manuales de antropología en uso acuden continuamente a ella en sus apreciaciones metodológicas, los libros que incluyen estudios comparativos se convierten en las excepciones que permiten el cumplimiento de la regla.

Los motivos que justifican la resistencia a desarrollar comparaciones interculturales son de índole variada e incluyen desde la creencia de que la comparación no puede escapar al etnocentrismo y, por tanto, implícita o explícitamente establece siempre algún tipo de jerarquización entre culturas diferentes, a aquellas otras que recalcan en el escepticismo que se deriva de la imposibilidad de comparar “todo con todo” para garantizar la validez de los procedimientos utilizados. Por otra parte, tampoco es extraño que se aluda a un trasfondo ideológico que considera que la comparación mantiene excesivos anclajes con posiciones universalistas o que exista un desasosiego político ante la presencia de lo que algunos han denominado “aculturación recíproca” (Kügelen, 2002: 26) que se traduce en un posible aminoramiento de prejuicios que pudieran haber sido históricamente provechosos para alguna élite.

A pesar de estas apreciaciones, la comparación, ejecutada con los controles oportunos que garanticen la cientificidad de los procedimientos seguidos, al mostrar tanto las lógicas internas como la diferencia entre causalidad y casualidad en determinados procesos culturales y relaciones humanas, se presenta como un instrumento cardinal para la validación de

proposiciones empíricas producidas por la antropología social y cultural. En este sentido, estas páginas nacen de la reflexión que, 20 años después de ser escritos, suscita *Entre mundos. Procesos interculturales entre México y España* (Tomé y Fábregas, 1999) y *Entre parientes. Estudios de caso en México y España* (Fábregas y Tomé, 2001). Se trata de una reflexión que se sitúa en la línea de un pensamiento crítico que, aunque se liga a una concepción de la antropología vinculada a la ecología cultural política, no se resigna a fáciles etiquetas.

Ciertamente no es necesaria una habilidad especial ni un conocimiento exhaustivo de los Altos de Jalisco o de la Sierra de Ávila para percatarse de las múltiples disimilitudes que aparentemente presentan. Las diferencias son notables tanto por los condicionamientos que el medio natural provoca, como por la diversidad de procesos históricos que tanto en el pasado lejano como en el más cercano las mismas han mantenido. Adicionalmente, aunque la emigración se ha constituido, en numerosos aspectos, en un factor fundamental para explicar ciertos procesos sociales que atañen a ambas regiones, lo cierto es que los potenciales demográficos de las mismas se han comportado de forma totalmente diversa, haciendo que ambas regiones se presenten de un modo contrastante: si la población jalisciense es predominantemente juvenil, la abulense se sitúa claramente en la ancianidad. Por lo mismo, el crecimiento en la primera es exuberante mientras que los índices de reproducción de la segunda difícilmente permiten asegurar la continuidad de las localidades existentes tal y como las conocemos y mucho menos como eran 50 años atrás.

Llegados a este punto, la cuestión de por qué comparar regiones tan diversas que, además, se enmarcan en contextos sociopolíticos y culturales tan diferentes como el europeo y el latinoamericano, adquiere cierta legitimidad. Sin embargo, se hace preciso indicar que, a pesar de las múltiples diferencias aludidas y de las evidentes divergencias existentes, tanto la producción del paisaje como otros procesos culturales desarrollados en dichas regiones pueden vincularse directamente a su carácter periférico respecto de los centros económicos y de poder, a un determinado modelo histórico de asentamiento poblacional en los momentos de su establecimiento como sociedad regional, así como a la inicial subordinación del

paisaje agrícola al ganadero. En este marco, resulta relevante constatar que ese carácter periférico, unido a otros elementos culturales y sociales ligados al mismo, ha contribuido a forjar una serie de procesos endógenos, algunos de ellos muy semejantes entre sí, que han coadyuvado a la generación de una relativa identidad cultural promovida desde ciertas minorías sociales que han asumido un papel rector y que ha sido asumida colectivamente. Se podrá alegar con justicia que la condición periférica es común a muchísimas más regiones de todo el orbe. Aun así, no era nuestra intención establecer una comparación global, sino utilizar las herramientas de la antropología para ver, en un caso controlado, cómo ésta se desarrolla. Por tanto, las conclusiones a las que llegamos no pueden considerarse, en ningún caso, universales, sino meramente aplicables a las regiones en las que nuestro empírico trabajo de campo se ha desarrollado. Esto es así, entre otras razones, porque nuestro análisis no se dirigía a averiguar cómo se construye una identidad cultural de manera abstracta, sino que se fijaba en ciertos procesos culturales que en las regiones aludidas se han derivado de un cierto ensimismamiento —en ocasiones deliberado, en ocasiones impuesto— cuya inmediata traducción han sido unas particulares relaciones, tan complejas como intermitentes, con los pueblos vecinos. Pues bien, precisamente donde nuestra comparación encontró su mayor fertilidad es en el modo en que opera dicho ensimismamiento. Por tal motivo, aunque el carácter periférico también puede constatararse en muchos territorios, en la medida en que los procesos culturales objeto de nuestra indagación a los que nos estamos refiriendo pueden haber discurrido de forma disímil, las marcas dentro de las cuales la comparación resulta fértil estaban delimitadas de manera restrictiva.

Igualmente conviene precisar que, en la medida en que el énfasis de nuestra investigación eran procesos culturales, las indagaciones históricas presentes en este ensayo se encontraban analíticamente subordinadas al objetivo referido. Es decir, en nuestro caso la observación de lo cultural no tenía por objetivo elucidar problemas históricos que sirvan para aclarar dudas respecto de acontecimientos ocurridos hace mucho tiempo o exhibir conexiones del tipo “el origen de los alteños está en...”. Más bien, sin desconsiderar la historia, más bien integrándola en nuestra análisis,

utilizamos los datos que nos proporcionaba para clarificar y desenmarañar procesos culturales contemporáneos. Por tal motivo, cuando atendíamos a las hipótesis a las que frecuentemente han recurrido algunos historiadores locales para justificar el nacimiento histórico de los Altos de Jalisco —pobladores vascos, judíos o fantásticos regimientos franceses perdidos en las espesuras y barrancas alteñas— o de la Sierra de Ávila —muy semejantes, si bien proyectadas a un pasado más remoto que se vincula al “misterioso” tiempo de la alta Edad Media—, lo hacíamos para incorporar a nuestra investigación indicios de la reinvención de un mítico pasado que pretende articular un presente diferenciador. En suma, aunque se pueden mostrar fehacientemente conexiones históricas entre la vieja Castilla y Jalisco —vía migraciones tempranas de la una al otro—, dichos contactos no sólo no constituyeron el motor de nuestras elucubraciones sino que fueron subordinadas a otros procesos culturales.

En cualquier caso, la utilización que hicimos de un renovado método derivado de la ecología cultural política que superaba amarres de corte neofuncionalista, pretendía dejar patente cómo, al margen de particularismos históricos, determinados procesos culturales pueden vincularse directamente al tipo de relación que los hombres y las mujeres mantienen con el medio que les rodea. Alejados, en todo caso, de cualquier determinismo ambientalista, esperábamos mostrar igualmente cómo la forma en que algunas de las relaciones sociales existentes —ligadas a los procesos productivos— modifican dichos vínculos.

Hay que reseñar que la utilización de la ecología cultural como orientación teórica básica para la indagación de los procesos culturales, fue posible gracias a la realización del pertinente trabajo de campo. Cuando iniciamos conjuntamente en 1997 los recorridos exploratorios por la meseta jalisciense, en primera instancia, y posteriormente por las serranías abulenses, conocíamos de manera individual ambas regiones. Así, Andrés Fábregas había realizado ya una prolongada investigación de campo en los Altos de Jalisco en la década de los setenta (Fábregas, 1986) y Pedro Tomé había hecho lo propio en la sierra abulense en la transición de la del ochenta al noventa del pasado siglo (Tomé, 1996). Aun así, la eliminación de posibles prejuicios generados a partir de los conocimientos

previos fue una de las guías que rigieron una investigación que en 1998 desarrolló la parte fundamental del trabajo de campo conjunto y que, desde entonces, se ha ido prolongando a intervalos irregulares hasta las últimas visitas realizadas durante nuestros días. En ambas regiones el trabajo de campo se inició con un recorrido exhaustivo de los distintos municipios que las integran. La visión de las cabeceras municipales y sus respectivas delegaciones, en el caso mexicano, o de los diversos ayuntamientos, anejos y pedanías, en el español; de los ranchos y dehesas, de las huertas, potreros y prados; de sus gentes en plena actividad o dedicados al solaz y esparcimiento, nos permitió efectuar un contacto que, paulatinamente, se iría convirtiendo en una identificación cada vez menos distante. Si bien la inicial distancia garantizó la idoneidad analítica de la observación, la progresiva identificación posibilitó una mayor participación y ampliación de perspectivas en aquello que queríamos conocer.

A tal grado la identificación fue creciendo, que es preciso reconocer que el paisaje de ambas regiones se convirtió en un imán cuya serenidad y belleza supone un potente foco de atracción que se amplía cada día con la palabra compartida con sus gentes. El descubrimiento de lo obvio nos llevó a percatarnos de que el paisaje es una inagotable fuente de información; de que lo que se nos ofrece primordialmente a los sentidos nos indica, en ocasiones con mayor nitidez que cualquier bibliografía imaginable, cómo el tiempo se ha hecho espacio mediante usos particulares que las gentes le han dado a una tierra de la que se han ido apropiando hasta convertirse en parte de ella. El desvelamiento de lo evidente, en definitiva, nos permitió comprender cómo las vivencias de alteños y serranos han transformado el paisaje de tal modo que lo natural y lo cultural son prácticamente indistinguibles.

Aunque todavía hoy nos sigue sorprendiendo la forma en que las tonalidades de estos paisajes se renuevan cada día, una vez que lo habíamos interiorizado, que lo reconocíamos con tanta familiaridad como para descubrir sus matices, iniciamos una segunda fase de nuestro trabajo de campo: la búsqueda de interlocutores precisos así como de otros informantes. Ciertamente era ésta una fase delicada: el surgimiento de apreciaciones parciales, tan incontrovertibles como irreparables, es

el principal riesgo que se puede derivar de una inadecuada ejecución de esta fase. Ésa fue la razón que nos obligó a dirigirnos al más amplio espectro social. Durante horas nos entrevistamos con autoridades (civiles y religiosas), agricultores y ganaderos, pequeños propietarios y gentes sin tierra, cantineros y repartidores, ancianos y niños, amas de casa y mujeres que ocupan lugares representativos de la sociedad, inmigrantes y emigrados. Las informaciones que cada uno de ellos nos proporcionaban constituyeron un amplio acervo de datos —valorados en función del rol social que ocupaba quien nos describía la realidad— cuya importancia crecía de día en día, obligándonos continuamente a cuestionarnos todo lo que creíamos saber. Tal vez por dicho motivo no quisimos limitarnos a averiguar cómo se veían a sí mismos aquellos a quienes nos dirigíamos. Así pues, juzgamos oportuno conocer qué imagen tenían de alteños y serranos los habitantes de las comarcas aledañas a su hábitat común o aquellos que habiendo sido parte de ellas, las habían abandonado por motivos diversos. Hidrocálidos de Aguascalientes, abajeños de León y Zamora (Guanajuato), zacatecanos, tapatíos y personas de otros muchos lugares de Jalisco nos proporcionaron los contrastes precisos para que nuestra visión del alteño fuera lo más completa posible. Del mismo modo, la percepción del serrano se completó con lo que nos contaron abulenses de la ciudad de Ávila, gentes de los valles del Corneja y Alto Tormes, morañegos de las Tierras de Arévalo y Madrigal, así como personas de las vecinas llanuras de Peñaranda de Bracamonte y Alba de Tormes. Con ello fuimos completando una idea, creemos que ajustada, de los procesos culturales que en ese momento desplegaban hombres y mujeres en los Altos de Jalisco y en la Sierra de Ávila e iban más allá de las estereotipadas estampas al uso. Unos procesos, por lo demás, que sujetos a cambio siguen hoy día con aceleradas transformaciones.

Por otra parte, se hace preciso poner de manifiesto que con la práctica del trabajo de campo hubo de sortear un problema lingüístico con el que no habíamos contado *ab initio*. Si, ciertamente, la lengua de los serranos y los alteños es la misma, las palabras y, a veces, la propia sintaxis, son muy diferentes aunque pretendan referirse a una realidad muy similar. Con ello se producían divergencias semánticas que hubieran

podido generar dificultades interpretativas al hallarnos no tanto con un vocabulario específico de cada región, algo fácilmente asumible, como con uno parcialmente compartido en el que una misma palabra puede tener significaciones diversas o no enteramente coincidentes en ambas regiones. Sirvan, a modo de ejemplo, lo que ocurre con palabras tan relevantes para el vocabulario agropecuario como “barbecho”, “cañada” o “agostar”. Si la primera en España hace referencia, por lo general, a una tierra de cultivo que se deja descansar durante un año dentro de un ciclo rotacional, en México la expresión “tener un barbecho” prescinde de cualquier connotación de rotación productiva o de descanso del suelo, para hacerse equivalente a tener una tierra para cultivar; a la vez, la segunda, “cañada”, entre los serranos hace referencia a una vía pecuaria —junto a los cordeles, veredas y coladas— por la que el ganado debía circular en sus movimientos. Por su parte, para un alteño una cañada será un tajo abierto que el río abrió, más o menos coincidente con lo que el serrano llama “garganta”. Por último, el término “agostar” hace referencia al mismo proceso en ambas regiones. Sin embargo, éstos ocurren en épocas diferentes, pues las tierras se agostan en los Altos en enero y en la Sierra por agosto. En definitiva, esclarecer los recónditos matices que ocultaban y, simultáneamente, revelaban el habla de alteños y serranos, nos permitió ahondar en esos procesos culturales y, por ende, apurar de forma aún más completa nuestra idea sobre las gentes que habitan las dos regiones.

Hoy día, 20 años después, sería necesaria una etnografía nueva pues las transformaciones son inagotables. La Sierra de Ávila sigue despo-blándose a raudos pasos y empresas mineras pretenden aprovechar esa “desertificación” para abrir los montes en canal. Algo que ha provocado una inusitada reacción en personas acostumbradas a callar y que ora se manifiestan en la capital de la provincia ora lo hacen en Madrid. Siempre en defensa de su paisaje, que es lo mismo que un estilo de vida. No son las únicas amenazas que los lentos procesos naturales sufren. De hecho, no resulta difícil hallar dehesas cuyo suelo ha sido contaminado por el plomo que décadas de caza han dejado en el suelo. También la apertura de caminos para ubicar molinos de producción eléctrica o la presión selectiva en determinados momentos y lugares del turismo que, no obstante, aún no

es masivo en la región, son considerados nefastos por algunos serranos, en tanto otros los ven como el único freno posible a su desaparición. A la vez, la creciente despoblación y el abandono de las tierras de cultivo generan transformaciones ecosistémicas importantes. El crecimiento desmesurado de matorrales es aprovechado por especies como el venado, el jabalí o el lobo para ocupar espacios que coloniza fácilmente mientras desaparece la avifauna ligada a los cultivos y se sustituye por especies de valor cinegético u otras. Pero también las relaciones sociales y las estructuras de parentesco cambian una vez que se generaliza la soledad de los ancianos que viven solos o que son llevados a residencias alejadas de los lugares en que siempre han vivido. Sirva a título de ejemplo reseñar que el cuidado “a meses” por los hijos, las hijas decíamos entonces, que hace 20 años constatábamos, prácticamente ha desaparecido. A la vez, parte de los vecinos que aún producen en una región cuyo principal ingreso son las pensiones de jubilación, se han trasladado a vivir a ciudades cercanas en las que hay colegios para sus hijos. Las carreteras que se reclamaban han mejorado sustancialmente, pero sólo han servido para que la gente se marche más fácilmente. Sin embargo, no todo es negativo. También algunos nuevos vecinos, pocos, han llegado. Y surgen iniciativas en cada pueblo, como *Terra Levis* en San Juan del Olmo, que utilizando la historia como recurso económico, dan nueva vida a los mismos. A la vez, las modernas redes sociales han permitido acercamientos entre quienes ya no viven en calles conexas. Casi cada pueblo tiene su página de “No eres de ... si no has...” u otras similares que mantienen a todos los que son o fueron vecinos del pueblo en contacto. Ahora, otra vez, todo se sabe y la distancia a la que se vive, da igual. Son nuevas formas de relación que recuperan, modifican y hacen crecer otras que ya fueron y habían desaparecido.